

Dormir solo

La noche fue larga y revuelta, como la primera en tierra después de dejar “La Marina”, incapaz de coger el sueño, en busca del sonido que producía el bote contra la ola y que había ejercido de nana durante tanto tiempo.

- Agarra mi mano, Rafa –le susurró ella en la oscuridad del dormitorio- así sabrás que estás en casa.

Y él aceptó y repitió el hábito durante seis años hasta que volvió a quedarse solo. Aquella mañana le despertó una extraña sensación de humedad en la mano que estrechaba a su esposa y que distinguió casi congelada cuando recobró por completo la consciencia. La llamó tembloroso y agitó su cuerpo sin respuesta, salvo por los labios entreabiertos y un hilo delgado de baba. Se tiró aterrado de la cama y permaneció en estado de shock hasta que terminó la velada a la muerta y vio llegar a los de la funeraria. Elena tuvo que vestirle su traje de gala para que no acudiera en paños menores, se sorprendió cuando le pidió quedarse a solas con el cuerpo de su hermana.

- Quiero despedirme de Beni...yo cerraré el ataúd.

Todos abandonaron la sala y él esperó paciente a que su cuñada le dedicara aquella mirada desconsolada segundos antes de cerrar la puerta. A solas desenfundó su sable y de un golpe seco amputó la mano que había cuidado de él. Le sorprendió un poco que apenas sangrara, pero le alivió el hecho y la ocultó rápido en el cajón donde Beni solía guardar las sábanas perfectas y almidonadas.

A su regreso del entierro, cosió el sesgo del muñón –no siéndole del todo ajena la práctica por las veces que había auxiliado al enfermero en los casos de gangrena tan habituales en la navegación- lo lavó bien y lo metió en su equipaje. Cogió un coche hasta la estación de ferrocarril y allí compró un billete a Cartagena, el puerto donde décadas atrás la conociera a ella.

Meses después, cuando encontró el botón de la criada del hotel entre los trapos que envolvían la mano de Beni, la angustia afloró en sus ojos en forma de lágrimas lentas y supo que la despedida definitiva había llegado. Salió de Los Habaneros una vez más refugiado en la oscuridad de las calles y tiró el hatillo en el primer hueco de mar que encontró en el puerto, sin ceremonias, como quien tira la basura. Y ahora la esperaba, sentado en la cama acariciando su browning.

A Dolores se la escuchó bromear con una de sus compañeras mientras salían de alguna habitación cercana y aun riendo empujó la puerta de la 8. Al encontrarse a Rafael, la última carcajada se le atragantó violenta y el gesto se nubló, abriendo mucho los ojos y la boca. La mano que no sostenía el picaporte palpó su uniforme ascendiendo hasta el ojal del pecho, suelto, por la falta de un botón que le acogiera enfrentado y asió las dos partes de tela en un inútil intento de borrar su letal error. Al ver el arma apuntando su rostro, giró sobre sí y huyó al pasillo. Rafael la siguió empleando grandes zancadas y disparó justo cuando ésta iniciaba el descenso de las escaleras alcanzándola en la nuca. Luego la vio caer al rellano y bañarse en sangre.